

que todo placer que viene de la iniquidad y del desorden, es un placer que irrita, deshonra y no contenta.

“En fin, dijo la Samaritana, cuando haya venido el Mesías será tiempo de pensar en eso. Y Jesús sin dilacion alguna le respondió: Pues yo soy, aquí te tienes presente.” Lo mismo sucede con nosotros. La gracia siempre está delante de nosotros, la desventura ó contratiempo que os ha disminuido esa fortuna que os hacia soberbios, os dice: Yo soy una gracia. Esa calumnia que os ha apartado de las concurrencias adonde asistiais con tanta frecuencia, con tanto peligro vuestro y con tanto escándalo para otros, aunque os parezca cosa cruel, ella es una gracia. Esa infidelidad del amigo y del objeto de vuestra aficion, esa inconstancia que os desconsueta y que os muestra para lo venidero un enojo doloroso, todo eso es una gracia que os trae á la memoria á Dios. Estas contradicciones que os rodean, esos remordimientos que os perturban, esos disgustos que os mortifican, esos buenos ejemplos que os commueven, todo, todo es una gracia que se insinúa suavemente. La dulzura de la gracia fué la que lejos de molestar á la Samaritana, la obligó á determinar su conversión. ¡Ojalá obró otro tanto en el corazón de nuestros lectores!

Sábado de la tercera semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este día es del Salmo V., que compuso David en tiempo que era perseguido tan vivamente por Saul y por sus cortesanos. En él pide el Profeta á Dios justicia contra sus enemigos, que lo calumnian: *Señor, prestad vuestros oídos á mis palabras, atendad á los clamores que envío hácia vos, inclinaos á mi oración, vos que sois mi Rey y mi Dios.* A vos, Señor, recurriré siempre en mis necesidades, y tambien vos estareis siempre pronto á oírme. Este salmo tiene por título, Salmo de David; para el fin en favor de la que obtiene la herencia. Es á saber, dicen los Santos Padres, en favor de la heredera de las promesas de Jesucristo, que es la Iglesia. Se puede tambien mirar este salmo como una oración excelente de la mañana, y como un modelo de los sentimientos piadosos que debe tener una alma en medio de un mundo corrompido, contra cuyos lazos y calumnias se debe pedir á Dios ayuda sin cesar, particularmente al comenzar el día.

La Epistola, tomada del capítulo XIII del Profeta Daniel, contiene la calumnia de dos infames viejos; que no habiendo podido pervertir á una muger jóven, de una rara belleza y de una virtud todavia mas excelente, se resolvieron á acusarla y perderla. Habiéndose apoderado Nabucodonosor de Jerusalem, fueron llevados cautivos entre otros muchos judíos, Joaquin y Susana su muger; ésta habia sido educada por sus padres en el santo temor de Dios, é instruida perfectamente en la ley de Moises. Nabucodonosor no los despojó de sus bienes, antes bien les permitió hacer compras y adquisiciones en Babilonia, dejándolos vivir segun sus leyes y costumbres. Joaquin, que era uno de los mas visibles entre los judíos, se estableció desde luego en la ciudad, comprando una casa con un hermoso y delicioso jardin que tenia contiguo. Los judíos iban frecuentemente á su casa, y aun les habia permitido el que tuviesen en ella su consejo público, y sus juntas.

Mas despues que los judíos arreglaron su policía en Babilonia, permitió Dios que la castidad de Susana fuese puesta á la prueba mas terrible. Se habian puesto aquel año por jueces á dos viejos, de quienes el Señor quiso hablar cuando dijo: *Que la iniquidad salió de Babilonia por unos viejos que eran jueces, y que parecía conducian y gobernaban al pueblo.* Estos iban de ordinario á la casa de Joaquin: Susana tenia la costumbre de irse á pasear al jardin; ellos, viéndola entrar en él todos los dias, se prendaron de su extraordinaria belleza, y concibieron una ardiente pasión por ella, desterrando de su corazón todo temor de Dios, y entregándose á los deseos mas criminales: ambos estaban igualmente heridos del amor de Susana, sin atreverse á comunicar uno al otro su pasión, observando y aguardando el medio y el tiempo de encontrarla sola. Un día, habiéndose pasado algun tiempo de que se habian retirado todos los que iban á que les hicieran justicia, se dijo uno al otro, con el fin de que se fueran: Vámonos á casa, que ya es hora de comer; pero no bien se habian separado para irse cada uno á su casa, cuando retrocedieron entrambos, y quedaron muy sorprendidos al verse uno al otro á la puerta. Entonces se confesaron uno á otro su criminal pasión, y tomaron entre sí las medidas que les parecieron mas convenientes para satisfacer sus brutales deseos. La ocasión se presentó bien pronto tal como la deseaban. Susana no tardó en entrar en su jardin, segun lo tenia de costumbre, acompañada solamente de dos doncellas que la servian. Esta, creyéndose estar so-

la, quiso bañarse, y mandó á las criadas que fuesen á traerle aceite y perfumes, y que cerraran la puerta. No bien habian salido del jardin, cuando los dos infames viejos, que estaban escondidos, corren hácia Susana, la que quedó estrañamente sorprendida. La desentubren su pasion, y la solicitan fuertemente á que se rinda á sus infames deseos. No habiendo podido hacerla consentir, la amenazan que la perderán. Susana arroja un profundo suspiro, y entre sus quejas y sus gemidos les dice: Por todas partes no veo sino peligros y precipicios; porque si hago lo que vosotros deseais, doy muerte á mi alma por el pecado; y si no lo hago, no puedo escapar de vuestras manos, y estoy segura que he de ser apedreada como adúltera. Pero en fin, mas vale morir inocente que vivir criminal; mas quiero caer en vuestras manos sin haber pecado, que pecar á vista de un Dios á quien amo y quiero servir. Habiendo dicho esto dá un grito, y los viejos llenos de despecho gritaron mas fuertemente que ella. El uno de ellos vá corriendo á la puerta del jardin, y abriéndola, llama gente para que sirvan de testigos. Los criados de la casa oyendo voces en el jardin acuden á ver lo que es; pero quedan atónitos al oír decir á los dos viejos, que acababan de sorprender á su señora en adulterio con un jóven, el que habiéndolos visto habia echado á correr. Toda la familia fué informada bien pronto de lo que acababa de suceder, y aun todos los parientes, quedando pasmados y atónitos; y Susana no se justificaba sino con las lágrimas. El adulterio entre los judíos era un delito capital, castigado siempre con pena de muerte, sin que fuese permitido interceder por el culpable. Como los dos jueces hacian de denunciadores y de testigos, el proceso se concluyó bien pronto, y se pronunció sentencia de muerte contra Susana. La mañana siguiente, habiéndose juntado el pueblo en casa de Joaquín, comparecieron los dos viejos, quienes declararon desde luego ante el congreso, en la forma ordinaria de justicia y segun las disposiciones de la ley, que tenian que hacer una delacion en justicia contra Susana. El modo de proceder en justicia que se usaba entónces, era éste: Se citaba al reo; se oía á los testigos; se daba la sentencia, la que se ejecutaba sin dilacion, y todo esto en una mañana. La casta Susana venia acompañada de su padre y de su madre, de sus hijos y de toda su parentela, excepto el marido, por ser esta causa de adulterio. Tenia el rostro cubierto con un velo, como culpable, y cubierta de confusion á causa del delito de que era acusada. Los dos malvados, que eran

á un mismo tiempo sus acusadores y sus jueces, mandaron que se le quitase el velo, á fin de satisfacer así su infame pasion, dice la Escritura, mirando despacio á una muger tan hermosa. Como Susana mostraba en su semblante toda la pureza de su modestia, no menos que de su belleza, echáronse todos á llorar de sentimiento. A este tiempo, los dos infames viejos, dejando la calidad de jueces y tomando la de acusadores y testigos, la ponen sus manos sobre la cabeza. Esta era una fórmula usada entre los judíos cuando se acusaba á alguno, especialmente en caso de muerte: los testigos, puestas sus manos sobre la cabeza del reo, decian: Tu malicia es quien ha traído sobre tí este castigo, y no nosotros; denotando con esto que se descargaban sobre su cabeza de toda la pena de su muerte, del mismo modo que ántes del sacrificio se ponía la mano sobre la cabeza de la víctima, traspoñiendo en cierto modo sobre ella la iniquidad y la pena, que se confesaba haber merecido por su pecado; en este mismo sentido, y con el mismo espíritu en la ley nueva, el sacerdote estiendo sus manos sobre el pan y el vino, bajo cuyas apariencias Jesucristo se ofrece por nosotros á su Padre en el divino sacrificio, como víctima cargada de nuestras iniquidades.

Teniendo, pues, los dos viejos las manos sobre la cabeza de Susana, y poniendo á Dios por testigo de la verdad de lo que decian, declararon públicamente lo que aseguraban haber pasado en el jardin ó huerto, á su presencia. Todo el congreso creyó en su palabra, y sobre esta deposicion fué condenada la inocente á ser apedreada inmediatamente. Luego que oyó la sentencia levantó los ojos al cielo, y exclamó: "Dios eterno, que penetras hasta lo mas oculto de los corazones, y á quien nada se esconde, tú sabes que "se ha dado un falso testimonio contra mí, y que muero inocente." No se le permitió hablar mas; fué preciso marchar hácia el lugar de la ejecucion; pero el Señor oyó su oracion, y al tiempo que la conducian al suplicio suscitó el espíritu de un jóven llamado Daniel, quien no tenia á la sazón sino doce años, que habia sido juntamente cautivo con ellos en Jerusalem; mas queriendo Dios confundir con la sentencia de un niño la malicia y la envejecida maldad de aquellos falsos jueces, inspiró á este mancebo, que se hallaba en medio del concurso, exclamase en alta voz: "Por lo que á mí toca, soy inocente en la muerte de esta muger." Todo el pueblo se volvió hácia él en ademán de querer saber lo que queria decir hablando de aquella suerte. El se adelantó, y habiendo callado todos, les

dijo: Sois unos insensatos, hijos de Israel: ¿cómo habeis condenado tan precipitadamente, y sin averiguar la verdad, á esta muger inocente? Volved á juzgarla de nuevo, porque es falso el testimonio que se ha dado contra ella. El pueblo atónito al ver una resolución como ésta en un niño, retrocede al punto, y vuelve á Susana á la audiencia. Los ancianos, que eran siempre del consejo y que hacian la funcion de jueces, admirados de oír al jóven Daniel, cuya prudencia tenian ya conouocida, y del que no ignoraban lo ilustre de su nacimiento, pues era de la sangre de sus reyes, le mandaron ir con ellos, y lo hicieron sentar en medio de los jueces. Habiéndose juntado todo el pueblo, le dijeron: que pues el espíritu de Dios le alumbraba, se sirviese hacerlos participantes de sus luces sobre la causa de Susana. Entónces el jóven, sentado en medio de los dos jueces, manda que separen uno de otro á los acusadores, y haciendo entrar á uno de ellos, le dice como hombre inspirado: Viejo malvado, acabas de poner el colmo á tus delitos; juez inequo, que hasta aquí has oprimido á tantos inocentes, y corrompido con el oro has declarado inocente al culpable, si es verdad que habeis sorprendido á esta muger en culpa, dime: ¿bajo qué árbol la habeis encontrado con su galán? Bajo un lentisco, respondió el viejo. Con gran desvergüenza has mentido, replicó Daniel; pero tu descaro vá á caer sobre tu cabeza. Habiendo hecho retirar á éste, manda que le traigan al otro. Luego que éste se presentó, le dijo Daniel lleno de indignacion: Raza de Canaan, y no de Judá, la hermosura de esta muger te ha deslumbrado, y tu brutal pasion te ha pervertido el corazon, y te ha hecho olvidar que eres juez. No es éste tu primer delito; pero sí será el postrero. Ni tú ni tu compañero habeis hallado en esta verdadera hija de Judá, la misma facilidad que encontrábais en las hijas de Israel, que de miedo se dejaban pervertir por vosotros; y pues asegurais tan confiadamente que la has encontrado con un jóven, dínos: ¿bajo qué árbol los has sorprendido? Bajo una coscoja, respondió éste. Mentiroso, replicó Daniel, ¿cómo tienes valor para calumniar así á una inocente? Pero no tardarás mucho en pagar la pena de tu mentira. Viendo todo el pueblo á los dos viejos tan claramente confundidos por su contradiccion, levantó el grito bendiciendo mil veces al Señor, por haberse servido de un niño para confundir la iniquidad de los dos dos viejos, y hacer triunfar la inocencia de Susana. No hubo necesidad de otras formalidades: los dos viejos malvados fueron

llevados en el mismo instante al suplicio, y apedreados segun la ley de Moises, que mandaba que los calumniadores y testigos falsos fuesen condenados á la misma pena que merecia el delito de que acusaban falsamente á los otros. Helcias y su muger, padres de Susana, con Joaquin su marido y sus parientes, fueron á dar gracias á Dios, porque en fin, habia hecho patente al mundo la inocencia de Susana.

Susana y el Patriarca José son los dos mas insignes ejemplos de la castidad del uno y del otro sexo, de que hace mencion la Escritura del Antiguo Testamento. Susana es ademas el modelo de la fé conyugal, que las casadas deben á sus maridos. Esto es sin duda lo que la iglesia nos ha querido proponer en el culto que ha permitido se la dé. Su fiesta es á 26 de Enero: en Tolosa la celebran con mucha devocion y solemnidad, con el título de Santa Susana de Babilonia.

El Evangelio de este dia nos pone delante en la conversion de la muger adúltera, la infinita bondad con que el Salvador ha mirado siempre á los pecadores. Habiendo ido el Salvador á Jerusalem como unos seis meses ántes de su muerte, para hallarse á la fiesta de los Tabernáculos, los milagros que obró, y las instrucciones que daba hicieron gran ruido, con cuyo motivo se suscitó entre los judios una gran division tocante á su persona: unos decian que no solo era profeta, sino el mismo Cristo y el Mesias prometido; otros prevenidos por los fariseos lo miraban como á un seductor, y aun quisieron echarle la mano. Nicodemus que se hallaba presente á todo esto, desvió el golpe, y el Salvador queriendo hacer cesar esta especie de motin popular, excitado con ocasion de su venida, salió de Jerusalem y se retiró segun tenia de costumbre, al Monte Olivete, distante un cuarto de legua de la ciudad. La mañana siguiente al amanecer volvió al templo, y al punto concurrió á él todo el pueblo. Los escribas y fariseos que no miraban sino como disminuir la veneracion en que el pueblo lo tenia, creyeron que no podian hallar mejor ocasion para desacreditarlo, y hacerlo aborrecible al pueblo, que la que se presentaba; le trageron una muger que habia sido cogida en adulterio, y habiéndola puesto ante él en medio del congreso, dijeron estos hipócritas al Salvador: Maestro, esta muger ha sido cogida ahora en adulterio: Moises nos manda apedrear á todas las mugeres convencidas de este delito: tú que todo lo sabes, y que ademas de esto corriges y explicas las leyes, dínos por tu vida: ¿qué es sobre esto tu parecer, y qué es lo que debemos hacer? Ved aquí una

pintura la mas viva de la hipocresía; gritar contra los desórdenes de los otros, clamar porque se castiguen, querer reformarlo todo, sin trabajar jamas en la reforma propia. Mas el Salvador se mostraba como que no oia la acusacion, estando escribiendo en la tierra con el dedo; pero como ellos persistieron en pedirle la respuesta, se levantó y volviéndose hácia ellos, confundió con su respuesta sus depravados intentos, diciéndoles: Aquel de vosotros que esté sin pecado, sea el primero que le tire la piedra. No quiso decir Jesucristo que debe estar exento de pecado el que ha de castigar el delito ajeno: solo pretende con esta respuesta reducir á los fariseos á la necesidad, ó de declararse inocentes y fuera de toca reprension contra el testimonio de su conciencia, ó de usar con esta muger de la misma clemencia de que solicitaban hacer un delito al Salvador. Quizá eran ellos reos del mismo delito cuyo castigo solicitaban, y que el Hijo de Dios á quien era patente el fondo de sus conciencias, se los echaba en cara tácitamente con lo que escribia en la tierra. En efecto se bajó otra vez el Señor para continuar en escribir lo que abia comenzado; pero aquellos capciosos acusadores, no pudiendo sufrir mas tiempo su presencion, se fueron uno despues de otro sin decir palabra, empezando por los mas ancianos, como que eran los mas culpables, y en un instante desaparecieron todos, temiendo sin duda que Jesucristo revelaria sus torpezas, y les haria ver que eran mas culpables ellos, que la muger á quien acusaban: levantándose entónces el Salvador dijo á la muger con aquella mansedumbre que le era tan natural: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió ella. Ni yo te condenaré, replicó el Salvador: vete, y no vuelvas mas á pecar. ¡Cuán admirable es esta conducta del Salvador! ¡Qué llena de consuelos y de instrucciones! Habia dicho el Señor que no habia venido á condenar, sino á convertir y á salvar. Conociendo la disposicion del corazon de esta pecadora, su arrepentimiento y su contricion, se contenta con mandarle que no vuelva á pecar. Si esta muger no hubiera detestado su pecado, si no se hubiera convertido perfectamente, es claro que viendo que sus acusadores se habian retirado, no se hubiera quedado ella delante de su juez, pues nadie la detenia; y la confusion en que se hallaba la hubiera obligado á echar á correr; pero el que se ha convertido verdaderamente, no tiene ganas de dejar á Jesucristo. En esto mismo debemos nosotros conocer cuando es perfecta nuestra conversion.

La Epístola es del capítulo XIII del profeta Daniel.

En aquellos dias: Habia un varon que habitaba en Babilonia, llamado Joaquin, el cual casó con una muger llamada Susana, hija de Helcias, hermosa en extremo, y temerosa de Dios, porque sus padres que eran virtuosos, instruyeron á su hija segun la ley de Moises. Era Joaquin un hombre muy rico, y tenia un jardin junto á su casa, al cual concurrían muchos judios, por ser el mas respetable de todos ellos. Y en aquel año fueron elegidos jueces del pueblo los ancianos de aquellos de quienes dijo el Señor que la iniquidad habia salido en Babilonia de los ancianos que eran jueces, los cuales parecia que gobernaban al pueblo. Frequentaban estos la casa de Joaquin, donde acendian á ellos todos cuantos tenian algun pleito. Y cuando al medio dia se iba la gente, entraba Susana á pasearse en el jardin de su marido. Veíaml a los viejos cada dia como entraba á pasearse, é inflamáronse en malos deseos hácia ella; y perdieron el juicio, y desviaron sus ojos para no mirar al cielo y para no acordarse de sus justos juicios. Quedaron, pues, ambos ciegos por ella; pero no se comunicaron el uno al otro su pasion; pues se avergonzaban de descubrir su concupiscencia y deseos de pecar con ella; y buscaban cada dia con mayor sollicitud el poderla ver. Y dijo el uno al otro: Vámonos á casa que ya es hora de comer; y salieron y se separaron el uno del otro. Mas volviendo cada cual otra vez, se encontraron en un mismo puesto; y preguntándose mutuamente el motivo, confesaron su pasion, y entónces acordaron el tiempo en que podían hallarla sola. Y mientras estaban aguardando una ocasion oportuna, entró ella en el jardin, como solia todos los dias, acompañada solamente de dos doncellas, y quiso bañarse en el jardin, pues hacia calor. Y no habia en él nadie sino los dos viejos que se habian escondido y la estaban acechando. Dijo pues ella á sus doncellas: Traedme la confleccion aromática y los perfumes, y cerrad las puertas del jardin, pues quiero bañarme. Hicieronlo como lo mandaba, y cerraron las puertas del jardin; y salieron por una puerta escusada para traer lo que habia pedido, sin saber ellas que los viejos estaban dentro escondidos. Así que se hubieron ido las criadas, salieron los dos viejos, y corriendo hácia ella, le dijeron: Mira, las puertas del jardin están cerradas, nadie nos ve, y nosotros estamos enamorados de tí:

condesciende, pues, con nosotros y cede á nuestros deseos. Porque si te resistes á ello, testificaremos contra tí, diciendo que estaba contigo un jóven, y que por eso despachaste tus doncellas. Pro-rumpió Susana en gemidos, y dijo: Estrechada me hallo por todos lados; porque si yo hiciere eso que quereis, sería una muerte para mí; y si no lo hago, no me libraré de vuestras manos. Pero mejor es para mí el caer en vuestras manos sin haber hecho tal cosa, que el pecar en la presencia del Señor. Y dió Susana un fuerte grito; y gritaron entónces los viejos contra ella. Y corrió uno de ellos á las puertas del jardin, y abriólas. Y así que los criados de la casa oyeron ruido en el jardin, corrieron allá por la puerta escusada para ver lo que era. Y despues de haber oido los criados lo que decian los jueces, quedaron sumamente avergonzados; porque nunca tal cosa se habia dicho de Susana. Llegó, pues, el dia siguiente, y habiendo acudido el pueblo á casa de Joaquin su marido, vinieron tambien los dos viejos, armados de falsedades contra Susana para condenarla á muerte. Dijeron, pues, en presencia del pueblo: Enviase á llamar á Susana, hija de Helcias, muger de Joaquin. Y enviaron luego por ella. La cual vino acompañada de sus padres é hijos, y de todos sus parientes. Era Susana sumamente fina y de extraordinaria belleza. Y aquellos malvados la mandaron descubrir (pues estaba ella con su velo puesto) para saciarse por lo ménos viendo su hermosura. Entre tanto lloraban los suyos y cuantos la conocian. Y levantándose los dos viejos en medio del pueblo, pusieron sus manos sobre la cabeza de Susana. Ella empero, deshaciéndose en lágrimas, levantó sus ojos al cielo, porque su corazon tenia puesta la confianza en el Señor. Y dijeron los viejos: Estándonos paseando solos en el jardin, entró esta con dos criadas; y cerró las puertas del jardin, y envió fuera las criadas. Entónces se le acercó un jóven que estaba escondido, y peó con ella. Y nosotros que estábamos en un lado del jardin, viendo el atentado, fuimos corriendo á donde estaban y los hallamos en el mismo acto. Mas al jóven no pudimos prenderle porque era mas robusto que nosotros, y abriendo la puerta se escapó corriendo. Pero habiendo cogido á esta, le preguntamos quién era el jóven, y no nos lo quiso declarar: de este suceso somos nosotros testigos. Dióles crédito la asamblea, como ancianos que eran y jueces del pueblo; y la condenaron á muerte. Susana, empero, exclamó en alta voz y dijo: ¡O Dios eterno, que conoces las cosas ocultas, que sa-

bes todas las cosas aun ántes que sucedan, tú sabes que estos han levantado contra mí un falso testimonio; y hé aquí que yo muero sin haber hecho nada de lo que han inventado maliciosamente contra mí. Y oyó el Señor su oracion. Y cuando la conducian al suplicio, el Señor manifestó el santo espíritu en un tierno jovencito llamado Daniel, el cual á grandes voces comenzó á gritar: Inocente seré yo de la sangre de esta. Y volviéndose hácia él toda la gente, le dijeron: ¡Qué es eso que tú dices? Mas él puesto en pie en medio de todos, dijo: ¡Tan insensatos sois, ó hijos de Israel, que sin forma de juicio y sin conocer la verdad del hecho habeis condenado á una hija de Israel! Volved al tribunal, porque estos han dicho falso testimonio contra ella. Retrocedió, pues, á toda prisa el pueblo; y los ancianos le dijeron á Daniel: Ven y siéntate en medio de nosotros é instrúyenos, ya que te ha concedido Dios la honra de anciano. Y dijo Daniel al pueblo: Separad á estos léjos el uno del otro, y yo los examinaré. Y así que estuvieron separados el uno del otro, llamando á uno de ellos, le dijo: Envejecido en la mala vida, ahora llevarán su merecido los pecados que has cometido hasta aquí, pronunciando injustas sentencias, oprimiendo los inocentes y librando á los malvados, á pesar que el Señor tiene dicho: No harás morir al inocente ni al justo. Ahora bien, si la viste pecar, di: ¡Bajo que árbol los viste confabular entre sí? Respondió él: Debajo de un lentisco. A lo que replicó Daniel: Ciertamente que á costa de tu cabeza has mentido; pues hé aquí que el ángel del Señor, por sentencia que ha recibido de él, te partirá por medio. Y habiendo hecho retirar á éste, hizo venir al otro, y le dijo: Raza de Canan y no de Judá, la hermosura te fascinó y la pasion pervirtió tu corazon: Así os portábais con las hijas de Israel, las cuales de miedo condescendian con vuestros deseos; pero esta hija de Judá no ha sufrido vuestra maldad. Ahora bien, dime: ¡Bajo de qué árbol los sorprendiste tratando entre sí? El respondió: Debajo de una encina. A lo que repuso Daniel: Ciertamente que tambien tú mientes en daño tuyo; pues el ángel del Señor te está esperando con la espada en la mano para partirtte por medio y matarte. Entónces toda la asamblea exclamó en alta voz, bendiciendo á Dios que salva á los que ponen en él su esperanza. Y se levantaron contra los dos viejos, á los cuales convenció Daniel por la misma boca de ellos, de haber proférico un falso testimonio, é hicieronles el mal que ellos habian intentado contra su prójimo; y

poniendo en ejecución la ley de Moisés, los mataron: con lo que fué salvada en aquel día la sangre inocente.

El Evangelio es del capítulo VIII de S. Juan.

En aquel tiempo: Fué Jesus al monte de los Olivos, y al romper el día volvió al templo; y como todo el pueblo concurrió á él, sentándose, se puso á enseñarlos. Cuando los escribas y fariseos traen una muger cogida en adulterio; y poniéndola en medio, le dijeron: Maestro, esta muger acaba de ser sorprendida en adulterio. Moises en la ley nos tiene mandado apedrear á las tales. ¿Tú á esto qué dices? Lo cual preguntaban para tentarle y poder acusarle. Pero Jesus, inclinóse hácia el suelo, y con el dedo escribía en la tierra. Más como persifasen ellos en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que de vosotros se halle sin pecado, tire contra ella el primero la piedra. Y volviendo á inclinarse otra vez, continuaba escribiendo en el suelo. Mas oída tal respuesta, se iban escabullendo uno tras otro, comenzando por los mas viejos, hasta que dejaron solo á Jesus y á la muger que estaba en medio. Entónces Jesus enderezándose, le dijo: Muger; ¿dónde están tus acusadores? ¿Nadie te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor. Y Jesus le dijo: Pues tampoco yo te condenaré. Anda, y no peques mas en adelante.

MEDITACION.

Sobre la misericordia de Dios.

Considera como presentaron al Señor los judíos una muger adúltera preguntándole con dañada intencion qué se debía hacer de ella. El Señor escribiendo sobre el polvo, dijo: El que de vosotros no tuviere pecado, sea el primero que la comience á apedrear. ¡Oh benignidad infinita! Pero ignoramos acaso que esta misma benignidad usada mil veces con nosotros, como dice San Pablo á los romanos, nos excita que hagamos penitencia? Mira cuán perniciosa ignorancia sea esta, no saber por qué te tolera Dios en tu pecado, mientras durare en tí esta ignorancia, no hay esperanza de que te eomientes; porque una cosa es no corresponder á este beneficio, otra no apreciarlo, y otra no conocerlo. Quien no corresponde al beneficio es un ingrato; quien no lo estima, es un perverso; quien no

lo conoce, es un incorregible. Atiende á que si Dios te sufre y tolera, no es porque no pueda echarte en un instante en el infierno, sino porque no quiere, esperando á que tú entre tanto te conviertas. ¡Pues quiéni no ve como la benignidad de Dios no solo nos convida, mas nos induce, nos impele y en cierto modo nos violenta y nos fuerza á que hagamos penitencia, y nos arrepintamos? Porque ¿cómo es posible resistir mas al ver que un Dios de tanta magestad está sufriendo tantas injurias como le hacemos, solo porque nosotros, viles criaturas, no perezamos? ¿Benignidad tan grande no habia de ser bastante para ablandar tu corazon? Pues así es, no te espera Dios ni te sufre por otro fin; y

Considera como medrosos los fariseos de que Jesus descubriese sus iniquidades, se ausentaron uno á uno. Entónces viéndose el Señor solo con la muger, le pregunta si la habia condenado alguno: responde que no; y el Señor la dice: ni tampoco yo te condenaré; vete, y no vuelvas á pecar. Penetra si puedes cuán horrenda sea la maldad que se comete, cuando del mismo mostrarse Dios tan benigno en tolerar al pecador, toma mayor osadía para ofenderle. ¿Qué es esto sino querer ofenderle, porque le hace bien; preciso será según eso, que tambien le ofenda porque se lo hizo, porque se vistió de carne humana, porque sudó y afaná por su bien, porque derramó su sangre y padeció inmensamente hasta morir en una cruz por nosotros. ¡Ah! ¿Qué consecuencias se sacan de tan exótico principio! Pues ello es que nosotros las llamamos ó damos lugar á ello cuando la bondad del Señor en lugar de movernos á penitencia no sirve de motivo para que no la hagamos. Esta gran bondad en nuestro caso, se llama benignidad, esto es, una bondad del todo graciosa y liberal; y así nos puede abandonar si la desmerecemos, y entregarnos en manos de la divina justicia. ¡Pues cómo puede ser, ¡o pecador! que no te estremezcas de terror considerando lo que seria de tí si te abandonase! ¿Qué, acaso no tiene ella sus limites, fuera de los cuales no dará un paso mas? La omnipotencia de Dios aunque es infinita, sin embargo no produce infinitas cosas, ni la Providencia provee de infinitos medios: pues de la misma suerte aunque la bondad divina sea infinita, no por eso sufre ni tolera infinitas veces: tiene su número señalado y determinado por su altísima é inescrutable Providencia. ¿Y quiéni te asegura que este número no se haya ya cumplido? Una cosa es la misericordia en sí misma, otra en sus efectos; estos son finitos y limitados. Que las misericordias

sean muchas, ya nos lo dice la Escritura; pero nunca dice que sean infinitas.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Qué haré ahora, Dios poderosísimo, ya que por vuestros santos auxilios conozco el abuso que he hecho de vuestra misericordia, entregándome libremente á toda clase de excesos? ¡Oh virtud admirable de la penitencia! ¡Qué poderosos son tus esfuerzos! Ya encontré, Dios misericordioso, el medio de salvarme, libertando mi alma de tan ominoso poder. Lloraré día y noche mis errores: me postraré en vuestra presencia contrito y humillado: no cesaré de decir: Pequé, Dios mio, pequé contra tu bondad: abrazaré la penitencia mas austera, y con eso estoy seguro que repararé mis pérdidas, os agradeceré á vos, y os restituiré mi alma como á su primer principio y último fin, para que repita sin cesar.

JACULATORIA.

Eternamente cantaré las misericordias que el Señor ha usado conmigo.

LECCION.

Sobre la misericordia divina.

La misericordia divina se dá á conocer de diferentes modos y formas. Ya con el nombre de Providencia, ya con el de Gracia, une los beneficios espirituales con los temporales, y de ambos resulta el orden del universo. A cada instante sale Dios de su secreto para manifestar sus dones. La historia del mundo no es mas que una serie continua de sus milagros; los que no nos hieren, porque el hábito nos ha hecho insensibles; pero léase el Antiguo Testamento, y cada página nos llenará de admiracion y de asombro. Sin embargo, cuanto hay de grande en esos libros, no es mas que sombra de la Suprema Bondad, respecto de lo que ésta obró en el instante en que el Hijo del Padre se hizo Hijo de Maria. El cielo se liquidó en rocío, y la tierra se lavó con la sangre del Hombre Dios: las piedras se despedazaron; los sepulcros se abrieron; el Evangelio fué anunciado; el mundo se renovó; los ídolos cayeron; la cruz fué ensalzada, y los hombres se hicieron cristianos; esto es, herederos de la vi-

da eterna, capaces de recibir continuamente gracias para llegar á ella, y de recobrarlas cuando tuvieran la desdicha de perderlas.

¿Cuántas han sido aquellas con que á cada uno de nosotros se ha enriquecido? ¿Cuántas las que nos han preservado de innumerables peligros, las que nos han socorrido cuando nos parecia hallarnos en el caso mas desesperado, cuando nos acusaban como á la adúltera del Evangelio? La gracia de Dios es el testimonio de su amor, que ha hablado en lo íntimo de nuestra alma, todas las veces que tuvimos inspiraciones ó remordimientos. Pero la mayor prueba de esta gracia y de la misericordia de Dios, es la paciencia con que tolera las irreverencias y blasfemias: la paciencia con que deja circular por todas partes los abominables escritos del libertinage y de la incredulidad: la paciencia con que prolonga los días de sus desgraciados autores: le paciencia con que tanto los espera para que se corrijan y enmienden. Desdichados los que se burlen ahora de ella, porque llegará un tiempo en que se llene la medida; un tiempo en que conozca el impío que es una cosa terrible tener por enemigo al mismo Jesucristo: *No hay cosa mas horrenda*, dice San Pablo, *que caer en las manos de Dios vivo*. Estas palabras no son espantos quiméricos ni vanas exclamaciones. La misericordia misma de Dios es la que nos dá á entender con un trueno, que debemos despertar de nuestro adormecimiento. Estas palabras son ahora lo mismo que serán á la hora de nuestra muerte; porque la palabra de Dios siempre es la misma, y porque Dios no puede ser engañado ni engañar. Por mas que el hombre intente oponer, fuera del arrepentimiento, un dique á la venganza del Eterno; por mas que se esfuerce en aumentar prosélitos, nunca tendrá fuerza, ni crédito, ni muralla que lo pueda poner al abrigo de la justicia divina. Todas las objeciones, todas las burlas, todas las agudezas son ortos tantos carbones de cólera que amontonan sobre su cabeza, segun la expresion de la Escritura; y todo el ingenio de los incrédulos, solo servirá para aumentar sus suplicios y excitar mas y mas sus adicciones.

Cuanto mas misericordioso es el Señor, tanto mas culpable es el pecador. La misma misericordia, tantas veces menospreciada, tantas veces desatendida y ultrajada, será la que solicite la venganza del Eterno. La sangre misma de Jesucristo, tantas veces profanada, será la que grite por la venganza, y la que pida justicia: todos los sautos juntos pedirán á Dios que castigue á los malos y á los

impíos, y á la peticion de éstos luego se accederá; putes á ellos no se les puede decir lo que á los escribas y fariseos: *Aquel de vosotros que está sin culpa, sea el primero en tirarle la piedra*; putes efectivamente no la conocen, ó la han borrado por la penitencia. Mas ahora que prosternados delante del trono del Cordero no cesan de pedir por la salvacion de todos los que han abandonado el camino de la verdad, ocurramos con tiempo á esa bondad y misericordia infinita que ellos imploran, confiando que el Señor está pronto á perdonarnos: no pidiendo de nuestra parte ninguna cosa difícil, solo quiero que llorémos nuestras faltas pasadas, y formémos el propósito de no volverlas á cometer, para decirnos lo que á la adúltera: *Vete, y no quieras ya pecar en adelante*.

En efecto, son muchas las circunstancias y modos en que el Señor nos manifiesta su gracia y misericordia; pero si atendemos á las veces y reflexionamos en el arte, por decirlo así, con que él mismo nos busca y nos brinda con el perdón de nuestras culpas, verémos que la Escritura nos lo representa de mil y mil maneras: ya como un padre amoroso, que apenas divisa á lo léjos á su hijo descarriado, que se dirige hácia él, cuando le sale al encuentro y lo recibe en sus brazos: ya en la persona de un pastor que corre en pos de la oveja descarriada, que la toma y la pone sobre sus hombros; ya, en fin, lo vemos dándonos aquella prueba de amor, que segun el mismo Jesus, es la mas grande que puede darse, como es dar la vida por sus amigos. ¡Ah! ¿De qué modo podrá corresponder el pecador á tantos beneficios? ¿No será un criminal, un monstruo de ingratitude, el que retardo su conversion un solo momento? Si desgraciadamente nos hemos separado de nuestro Dios por el pecado, escuchemos su voz; y la primera señal de que nuestro arrepentimiento es firme y verdadero, sea el corresponder inmediatamente á sus llamamientos divinos. ¿Será posible que cuando Dios, que es el ofendido, nos busca con tanta ansia y amor, nosotros nos hagamos de rogar? ¿Quién es capaz de aprobar semejante conducta? Si la observáramos en el mundo respecto de aquellas personas á quienes hemos agraviado injustamente, mereceríamos el desprecio y abominacion de todos los hombres. ¿Pues qué merecerémos cuando se trata de haber ofendido con la mayor y mas notoria injusticia á todo un Dios, y añadir á nuestros crímenes la mas negra ingratitude? ¡Oh Dios mío, mereceríamos que cerrarás para siempre, no solo vuestros divinos labios para no llamarnos, sino aun vuestros oídos para

no escucharnos cuando os llamáramos! Pero ¡oh misericordia infinita del Altísimo! No se causa, no se menoscaba, siempre es la misma. Comprendamos bien este amor infinito del Salvador, y sin que nos sirva de rémora la gravedad de nuestras culpas, no perdamos un solo instante en corresponder de todo corazón á su gracia y misericordia.

Domingo de la cuarta semana de Cuaresma.

El cuarto Domingo de Cuaresma ha tenido siempre en la Iglesia una solemnidad mayor que los tres antecedentes; era uno de los cinco Domingos del año que llamaban principales, porque tenian oficio fijo, el que nunca cedia al de ninguna otra fiesta. La razon de esta particular solemnidad es porque en este dia hace la Iglesia la fiesta del milagro de la multiplicacion de los cinco panes, que ha sido siempre mirado como uno de los efectos mas insignes del poder de Jesucristo, como se vió en que el pueblo despues de este prodigio pensó en hacerlo rey y sentarlo en el trono. Antes que se hubiese fijado á este Domingo la fiesta de este milagro, la juntaban con la del primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná, y se celebraba su memoria el mismo dia de la Epifanía, porque se creia sobre una antigua tradicion, que la multiplicacion milagrosa de los cinco panes en el desierto, habia sucedido en aquel mismo dia.

Ademas del nombre de Domingo de los cinco panes, se le da tambien en algunas partes el de Domingo *Letare*, de la primera palabra del introito de la misa, tomado del capítulo LXVI del Profeta Isaías: "Alégrate, Jerusalem, y congrega todos los que la amais, para juntar vuestra alegría con la suya: saltad de gozo los que habeis estado de asiento en la tristeza y en el dolor; y seréis colmados de delicias y os saciareis de los consuelos que manan y brotan de su seno." El Profeta, despues de haber predicho de un modo claro y preciso la conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo, bajo la figura de los judíos, libres de su cautividad, y vueltos á su pais, convida á todo el pueblo escogido á hacer demostraciones de alegría, por la conversion de los gentiles para no hacer sino una Iglesia. ¿Quién oyó jamas cosa igual? dice el Profeta, y ¿quién jamas vió cosa semejante? ¿Quién hubiera pensado jamas, añade,

que Sion hubiera podido producir en tan poco tiempo un pueblo tan numeroso? En efecto, ¿qué cosa mas admirable y mas pasmosa que la prodigiosa conversion de los gentiles á la fé de Jesucristo? Esto es lo que anunciaba el Profeta á la hija de Sion, y le hacia decir, que se alegrarán todos los que amaban á Jerusalem, y que enjugaran sus lágrimas, porque vendria un tiempo en que esta ciudad se veria llena de gloria y en que toda la tierra participaria de las delicias que correrian de su seno.

Parece que la Iglesia en lo demas del oficio ha querido elegir de la Escritura, los pasages que hay mas propios para excitar en sus hijos un gozo todo espiritual. *Me he llenado de gozo, cuando me han dicho que irémos á la casa del Señor;* por estas palabras empieza el salmo CXXI, que contiene los sentimientos de alegría del pueblo judaico, cuando se vió en vísperas de salir de la cautividad de Babilonia, enseñándonos el Espíritu Santo con estas figuras, cuáles deben ser nuestros sentimientos por el cielo que es nuestra verdadera patria; y disponiéndonos la Iglesia por afectos de gozo espiritual, para la tristeza que debe producir en nosotros la pasion del Salvador que se empieza á celebrar el Domingo siguiente, y para la alegría de la resurreccion, figurada en el fin de la cautividad de Babilonia, como tambien en la salida de Egipto. Con el mismo fin de inspirar estos sentimientos de alegría á sus hijos, esparce la Iglesia el día de hoy flores sobre sus altares, y se sirve del órgano para la celebridad de la fiesta; lo cual es una especie de alivio que la Iglesia parece procura á los que han pasado felizmente la mitad de la carrera de los ayunos de Cuaresma. Asimismo se ha elegido algunas veces en Roma este Domingo para la coronacion de algun príncipe; tambien una de las mas visibles señales que se hacen en dicha ciudad, es la de la rosa de oro que conduce procesionalmente el papa acompañado de los cardenales; y concluidas las ceremonias de la Iglesia, la lleva á su palacio, y hace de ella un presente á algun monarca ó á otro potentado.

La Epístola de la misa de este día contiene las instrucciones que da San Pablo á los gáatas, donde contrapone la ley nueva á la servidumbre de la antigua, bajo la figura de los hijos de Abraham, Ismael é Isaac: nacido el primero de una muger esclava llamada Agar, la cual fué con el tiempo echada de la casa con su hijo, siendo despues éste padre de doce hijos, de los cuales descienden los ismaelitas, los árabes, los sarracenos y los demas pueblos que no tuvieron

parte en las promesas del Señor. Pero Isaac habia sido prometido á Abraham, y Dios le habia dicho que seria su verdadero heredero, en favor del cual se ejecutarian las promesas que le habia hecho. Se ve con bastante claridad que en la historia de estos dos hijos hay una alegoría misteriosa y un sentido místico y figurado: los mismos judíos han reconocido no solo en Ismael y en Isaac, sino tambien en Agar y Sara, la figura de los dos Testamentos ó Alianzas. Agar, esclava, no pudo ser madre del heredero ni tener hijos libres, siendo figura de la Sinagoga, cuyos hijos estuvieron sujetos servilmente á la ley y á todas las ceremonias legales, y así esta ley fué dada y como aparecida entre fuegos, truenos y relámpagos, simbolos naturales del temor. El Apóstol, queriendo persuadir á los gáatas, continúa diciéndoles que la nueva alianza, esto es, la Iglesia de Jesucristo representada por Sara, madre de Isaac, no tiene sino hijos libres de la servidumbre de la ley.

El Apóstol entiende aquí tambien la Jerusalem terrestre poraquella en que vivian los judíos de su tiempo, es á saber, una ciudad material, terrestre, percedera, representada la esclava por Agar, y la Jerusalem celestial, esto es, la Iglesia de Jesucristo su esposa, representada por Sara. Esta Jerusalem venida de lo alto, es la esposa de Jesucristo y madre de todos los fieles. La Iglesia no tiene sino hijos libres, herederos de las promesas hechas por Dios á Abraham en favor de su hijo Isaac. En solo este hijo, figura de Jesucristo, que es su hijo segun la carne, debian ser benditas todas las naciones. Agar, figura de la Sinagoga, no tuvo sino hijos esclavos. Tales eran los judíos servilmente sujetos á las observancias de la ley; se puede decir que sus fines, su culto, su religion misma, todo era material, todo natural, todo servil; solo los hijos de la Iglesia son verdaderamente libres; el privilegio de un culto espiritual y sobrenatural, la adoracion en espíritu y en verdad, eran propios de la Nueva Alianza.

Está escrito, continúa el Apóstol: "Alégrate, estéril, que no pares." Estas palabras las tomó San Pablo del Profeta Isaías, á quien le fueron revelados todos los misterios del Mesias y de la redencion, y que tenia presente el retrato de la Iglesia, la felicidad de su dichosa fecundidad, cuya posteridad ha sido mas numerosa, está mas extendida, es cien veces mas permanente que la de la Sinagoga, su primogénita, que se gloriaba de lo numeroso de sus hijos, y que á los principios parecia echar en cara á la Iglesia su oscuridad

y esterilidad. Por lo que toca á nosotros, hermanos míos, continúa el Apóstol. Somos los hijos de la promesa, figurados por Isaac; no seáis tan cobardes, tan insensatos, que renunciéis esta gloriosa prerrogativa y os hagáis voluntariamente hijos de Ismael, metiendos otra vez en la esclavitud de que Jesucristo os libró, y sujetandolos por un error imperdonable á las ceremonias de la ley.

Pero así como el que habia nacido segun la carne, perseguia al que habia nacido segun el espíritu, lo mismo sucede ahora. Así como Ismael perseguia al jóven Isaac, así tambien hoy los judios carnales é inerédulos persiguen á los cristianos. Habiendo sido tratado tan mal el Salvador, no se debía esperar que los discípulos tuviesen un tratamiento mas favorable. ¿Pero qué dice la Escritura, añade San Pablo? Echa de casa á la esclava y á su hijo, pues no dabe tener parte en la herencia. Segun el sentido literal, el Apóstol da á entender bastantemente á los gálatas, que deben echar de sí á los verdaderos ismaelitas que los persiguen, y á los falsos Apóstoles que los pervierten. Segun el sentido moral, debemos echar de nosotros todo lo que es contrario á nuestra salvacion, como son las ocasiones próximas de pecado, y todo lo que puede sernos motivo de caída, sin que en esto haya la menor reserva. Debemos asimismo negarnos á las sugerencias del amor propio, y domar nuestras pasiones.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de la multiplicacion de los cinco panes en el desierto, con que el Salvador dió de comer á mas de cinco mil personas.

Acababa Jesucristo de curar al paralítico que yacia junto á la piscina, y este milagro que habia hecho gran ruido en Jerusalem y á los alrededores, habia dado motivo al Salvador de probar muy por estenso la autenticidad de su mision, la divinidad de su persona y la santidad de su doctrina; pero los fariseos, lejos de rendirse á una verdad tan clara, solo buscaban como apoderarse de él, resueltos á quitarle la vida; mas como todavia no llegaba el tiempo determinado para este gran sacrificio, el Salvador, que sabia todo lo que se tramaba contra él, tuvo por conveniente retirarse. Comenzaba entónces el tercer año de su predicacion. Sus Apóstoles, que habian sido llamados á predicar, vueltos entónces de su mision, fueron en seguimiento del Salvador hasta la ribera del mar de Tiberiades, donde se embarcó con ellos y se retiró al desierto llamado de Betsaida. Habiendo subido á lo alto de una colina donde habia

hecho sentar á sus discípulos al rededor de él, y viendo desde allí la gran multitud de personas que venian á él de todas partes, para ahorrarles la pena de subir, se bajó al llano, donde los recibió con un rostro que mostraba bien la tierna aficion que les profesaba. La primera cosa que hizo fué suministrarles el alimento espiritual, enseñándoles las máximas de la mas alta perfeccion, y arrojando en sus corazones las primeras semillas del cristianismo, disponiéndolos así para la gran fiesta de la Pascua que estaba ya próxima.

Habiendo acabado de curar á todos los enfermos que se le habian presentado, y siendo ya hora en que el pueblo se retirase, le rogaron sus Apóstoles que los despachara para que buscaran alojamiento en las poblaciones vecinas y tomasen algun alimento, pues algunos se hallaban aun en ayunas. Mas el Salvador pensaba todavia mas en sus necesidades que ellos mismos; y volviéndose á Felipe, le dice: ¿De dónde comprarémos pan para que coman estos? Esto le dijo para probarlo, dice el Evangelista, porque sabia muy bien el Salvador lo que habia de hacer. Felipe le respondió que aunque tuvieran doscientos denarios para comprarlo, no les tocaria ni á un bocado á cada uno. Entónces otro de sus discípulos llamado Andres, hermano de Simon, le dijo: Señor aquí está un muchacho que trae cinco panes de cebada y dos peces, ¿pero qué es esto, añadido, para tanta gente? Pues habia en efecto mas de cinco mil hombres sin contar las mugeres y niños. ¿Pero falta jamas nada cuando se está al cuidado de la Divina Providencia? Haced sentad al pueblo sobre el heno, dijo Jesus, y no os dé pena por nada. Luego tomando aquel poco de pan y los dos peces, levantando los ojos al cielo y dando gracias á su Padre celestial, los bendijo; y habiendo partido los panes y los peces, se multiplicaron de tal suerte entre sus manos, que los discípulos á quienes los distribuia, tuvieron para repartir abundantemente á todo el pueblo, quedando todos satisfechos, y sobrando aun mas para llenar doce canastas. Los discípulos juntaron estas preciosas sobras por órden del mismo Salvador, que no queria se desperdiciase nada, y que deseaba se conservara entre ellos la memoria de un tan prodigioso milagro; enseñándonos con esto que todo lo que viene de Dios es precioso, y que la memoria de los favores del cielo es de la mayor consecuencia. Absorto y admirado el pueblo de ver un prodigio tan asombroso, dice á voces: Este es el Profeta que se nos ha prometido y por el que aspiramos tantos siglos ha: é inflamándose

su espíritu de gozo por lo sensible y portentoso del milagro, forman entre sí la resolución de cojer al Salvador y colocarlo en el trono de Judá; pero conociendo el Señor su designio, mandó á sus Apóstoles que se embarcaran cuanto ántes: hecho esto, despidió al pueblo, y se retiró solo á lo mas interior del desierto de Betsaida.

La Epístola es del capítulo IV de la del Apóstol S. Pablo á los Galatas.

Hermanos: Eserito está que Abrahán tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Mas el de la esclava nació segun la carne; al contrario el hijo de la libre, nació en virtud de la promesa. Todo lo cual fué dicho por alegoría. Porque estas dos son los dos Testamentos. La una dada en el monte Sina que engendra esclavos, la cual es Agar; porque el Sina es un monte de la Arabia, que corresponde á la Jerusalem de aquí abajo, la cual es esclava con sus hijos. Mas aquella Jerusalem de arriba es libre; la cual es madre de todos nosotros. Porque escrito está: Alégrate, estéril, que no pares; prorumpie en voces de algazara la que no eres fecunda; porque son muchos mas los hijos de las que ya estava abandonada, que no los de la que tiene marido. Nosotros pues, hermanos, somos los hijos de la promesa, figurados en Isaac. Mas así como entónces el que habia nacido segun la carne perseguia al nacido segun el espíritu; así sucede tambien ahora. ¿Porque qué dice la Escritura? Echó fuera á la esclava y á su hijo: que no ha de ser heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. Segun esto, hermanos, nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre; y Cristo es el que nos ha adquirido esta libertad.

El Evangelio es del capítulo VI de S. Juan.

En aquel tiempo: Fué Jesus al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberiades. Y como le siguiesen una gran muchedumbre de gentes, porque veian los milagros que hacia con los enfermos; subióse á un monte, y sentóse allí con sus discipulos. Acercábase ya la pascua, que es la fiesta de los judíos. Habiendo pues Jesus levantado los ojos, y viendo venir hácia sí un grandísimo gentío, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Mas esto lo decia para probarle; pues que bien sabia él mismo lo que habia de hacer. Respondió Felipe: Doscientos denarios de pan no les alcanzan para tomar un bocado cada uno. Dí-

cele uno de sus discípulos, Andres, hermano de Simon Pedro: Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces; mas ¿de qué sirve esto para tanta gente? Pero Jesus dijo: Haced sentar á esas gentes. El sitio estava cubierto de yerba. Sentáronse pues al pié de cinco mil hombres. Jesus entónces tomó los panes; y despues de haber dado gracias, repartióles entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando á todos cuanto querian. Despues que quedaron saciados, dijo á sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Hicieronlo así, y llenaron doce cestos de los pedazos que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesus habia hecho, decian aquellos hombres: Este sin duda es el Profeta que ha de venir al mundo. Por lo cual, conociendo Jesus que habia de venir para llevarsele por fuerza, y levantarle por rey, huyóse él solo esta vez al monte.

MEDITACION.

Sobre lo conveniente que es meditar en las obras maravillosas de Dios.

Considera que, como dice San Agustín, los milagros de Jesucristo son como una escritura formada con rasgos valientes y primorosos por la mano de un hábil escribiente. Esta escritura, pues, se muestra á los que saben leer, y á los que no saben ni conocen las letras: estos últimos solo encuentran en ella un objeto hermoso que deleita su vista y excita su admiracion, por el primor y belleza con que están formados aquellos caracteres, elevándose á celebrar tambien la habilidad y destreza de la mano que los formó; mas los que saben leer, á mas de la belleza de lo escrito, tienen la ventaja de saber su contenido, entendiendo los conceptos que espresa aquella escritura. Así pues, en la multiplicacion milagrosa de los cinco panes y dos peces que hizo el Señor en el desierto, los que no se instruyen ni meditan, solo ven un hecho milagroso, y forman alguna idea de la omnipotencia de Dios; mas los que profundizan en el misterio, á mas de lo que ven los otros, reconocen que una obra de esta clase solo puede ser hecha por el poder divino; y sacan por consecuencia, que el hombre admirable que la obró no es un puro hombre, sino un Hombre Dios: reconocen que si los santos obran milagros, no los hacen como Cristo; pues Cristo los hizo por propia virtud, como que es el mismo Dios hecho Hombre; y los santos solo

los hacen por la virtud de Dios y no por propio poder: reconocen en esta obra, no solo la omnipotencia de su Dios humanado, sino también la bondad y el amor con que los hace: ven que esta bondad es empleada en nosotros por pura misericordia, pues que la mueve nuestra indigencia y miseria, sin que haya en nosotros mérito para obtenerla; y que este amor es enteramente gratuito, pues no tenemos de nosotros mismos excelencia alguna por donde ser amados, y si suma maldad por donde ser aborrecidos; en fin, por abreviar, ven en la multiplicación de los panes un anuncio del misterio de la Eucaristía, en el que, aunque el cuerpo de Cristo no es mas que uno, por una obra prodigiosa é infinitamente admirable de la omnipotencia de Dios, se le dá una especie de inmensidad y de multiplicidad, por la que, sin dejar de ser un solo cuerpo, está en todo el mundo, y se recibe por todos los hombres, y está en tantos millones de partes, cuantas son las formas consagradas, y en estas formas está á modo de sustancia todo en el todo, y todo en cada parte, de manera que si se divide en infinitos fragmentos, en cada uno de ellos está todo el cuerpo de Cristo Sacramentado, tan entero, vivo y glorioso como está en el cielo. ¡Oh, y cuánta es la omnipotencia de Dios! ¡Cuánta su bondad! ¡Cuánta la ventaja del hombre que medita estas obras con piadoso y amante corazón, pues conociendo á Dios se inflama en su amor y se une á él por gracia, para gozarle por gloria en las alturas.

Considera que, como dice el mismo Padre San Agustín, los milagros de Cristo llaman mas nuestra atención y nuestro asombro, por desusados; pero que si bien lo consideramos, notáremos que no son solos y únicos, ni mayores que otros que obra cada día el Señor, en los que por usados no paramos nuestra atención; pero que no son ménos prodigiosos que aquellos. Mayor milagro es, añade este Padre, el gobierno y sostenimiento de todo el universo por todos los siglos y en todos los instantes, y la providencia con que el Señor alimenta y nutre á todos los hombres de todos los países y de todas las edades, que la multiplicación de cinco panes, con que dió de comer á cinco mil hombres en el desierto; y sin embargo, éste nos asombra, y en aquel no paramos la atención. ¿De qué proviene esto, sino de la falta de consideración? Vemos las obras de Dios; pero no las meditamos, no de otra suerte que el ignorante que ve y admira los hermosos rasgos; pero no entiende sus conceptos. ¡Ah, que muchas veces envidiamos la suerte de aquellos hombres que

comieron el pan multiplicado en las manos divinas de Jesús, y no apreciamos la dicha que logramos en comer cada día, no un pan de cebada, sino el pan vivo que descendió del cielo, el mismo Jesucristo obrador de aquella maravilla, que no contento con darnos el pan que sustenta nuestro cuerpo en la tierra, se nos dá á sí mismo bajo las especies de pan, para alimentar nuestras almas y darnos por ella una vida de gracia que nos merezca la vida eterna! ¡Oh! Meditémos, meditémos; pero meditémos con corazón humilde, devoto y agradecido á las finezas de nuestro amabilísimo Jesús.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así lo quiero, Dios de mi corazón; así lo propongo, y con vuestra divina gracia lo llevaré á efecto en todos los días de mi vida. Meditaré en tus obras; conoceré tu bondad; apreciaré tu amor; me inflamaré en él; lo buscaré sin cesar á toda costa, y con cualquier sacrificio. ¡Oh dulce Jesús mio! Bien conozco que soy indigno de acercarme á vos, por la iniquidad y el pecado con que he manchado mi pobre alma; pero añadid á vuestros milagros esta otra maravilla: hacéme de un vaso inmundo un vaso de elección. ¡Ah! Yo oigo en el centro de mi alma vuestra voz de salud que otorga mi petición; pero haciéndome saber que para alcanzar el milagro de la purificación de mi alma y el adelantamiento en la virtud, me es necesario ir á vos por el camino de la meditación y la oración.

JACULATORIA.

¡Oh Dios! Sea yo hecho como un prodigio para muchos, viéndome en la virtud los que me vieron en el vicio.

LECCION.

Sobre la limosna.

Quando se ve al pobre con los ojos de la fé, su vista hace sobre nosotros impresiones muy vivas y eficaces: la misma luz que nos hace ver sus necesidades, nos instruye sobre la obligación en que estamos de aliviarlos, y sentimos siempre en nuestro interior un fondo de misericordia proporcionado á su miseria; porque ¿qué nos dice la religion con respecto á estos hombres desgraciados? Nos dice, que aunque parecen vasos de ignominia, no por eso son ménos amados del Dios de magestad y de gloria: que la sangre que se

derramó en el Calvario, se ofreció también por ellos, y que toda la ternura ó menosprecio que les manifestamos resalta hasta la persona del Verbo encarnado. Dios es igualmente padre de los pobres que de los ricos. La religion, pues, manda á estos sean caritativos en reconocimiento del bien que han recibido; y esto es justicia: les manda sean caritativos en reconocimiento de los beneficios recibidos del Redentor; y esto es gratitud; y les manda ser caritativos para desarmar la cólera del juez en el día de su venganza, y esto es prudencia.

La limosna es un tributo que debemos pagar á las personas cuya miseria nos es conocida. Dios, Padre comun de todos los hombres y dueño absoluto de todos los bienes, no ha desheredado á los pobres y dado su legítima á los ricos: solamente ha confiado á estos su administracion y cuidado, para probar su fidelidad; así es que deben dar á aquellos el alimento suficiente á su necesidad. Si los ha establecido con autoridad en Egipto, no es para que perciban solo los frutos de la abundancia, sino para que á ejemplo de José, den parte de ellos al pobre en tiempo de sequedad y penuria. Si ha puesto las riquezas en sus manos, solo ha sido con el designo de que puedan contribuir para su santificacion con el uso caritativo de ellas, y no para su condenacion empleándolos en sus gustos. Todo lo que os dais á vosotros mismos, ó que reservais mas allá de vuestra subsistencia y de vuestra conservacion, de ningun modo os pertenece, dice San Agustin; eso es una usurpacion notoria de los derechos de la indigencia.

Es preciso dar lo superfluo y lo que excede á nuestras necesidades; pero entendamos bien esto, no necesidades arbitrarias, regladas por la ambicion, por la vanidad y por el capricho del corazon humano, al que nunca satisfacen las mas cuantiosas rentas, sino necesidades reguladas por la razon, por la religion y por las leyes de la modestia: así es que debe tenerse por superfluidad y no por necesidad todo aquello que empleamos en halagar y regalar á nuestros sentidos. Cercenemos estas superfluidades y habrá lo necesario para los pobres. Supla, dice San Pablo, vuestra suntuosidad á la indigencia, para que la indigencia de nuestra alma sea algun dia reemplazada con la abundancia de sus méritos, y para que por este medio establezcáis entre vosotros y los pobres una justa igualdad. ¿Con qué titulo, con qué privilegio se pretende poder gozar de todas las dulzuras de la vida presente no haciendo á los pobres par-

teicipes de alguna de ellas? Es necesario temer no seamos responsables de sus llantos y gemidos, haciendo pasar á Dios por un Dios injusto, por un Padre insensible respecto de ellos: los pobres son unas lámparas preciosas confiadas á nuestro cuidado; es necesario no dejarlas apagar por falta de él.

Pero ¡qué desgracia! se creen los hombres desempeñados enteramente de lo que se debe á los pobres. No se avergüenzan de decirles que no tienen que darles, al mismo tiempo que dan á entender que tienen, fomentando sus pasiones. -Somos poco atentos á consultar nuestras rentas cuando tratamos de gastar para sostener nuestro lujo y vanidad, y si pensamos en ser caritativos, entonces si somos muy económicos y contenidos; como si la limosna no fuera de justicia para la viuda y el huérfano ó necesitado. Jesucristo: se hizo pobre, dice el Apóstol, se despojó del esplendor de su magestad y gloria; se redujo al estado mas pobre y mas humilde para enriquecernos con su indigencia. ¿No será muy justo y puesto en razon, que en recompensa hagamos nosotros por sus miembros afligidos á lo ménos algo de lo mucho que él hizo por nosotros? ¡Y mas cuando él mismo nos asegura que él es el que pide por boca de los pobres, y que todos los socorros que nosotros les procuremos, los considera como un regalo hecho á él mismo? ¿Quién si viese al Salvador en carne mortal y con necesidad, sería capaz de negarle una poca de agua? El que no es sensible á los dolores presentes, ménos lo es á los pasados. Es preciso no ver á la humanidad en un vil estado, sino ver en ella, como dice San Agustin, á un Dios paciente, ó á lo ménos á un siervo, á un amigo de Dios. El pobre que acaso se sentará en la gloria, despues de su muerte, y gozará las delicias celestiales, ¿no podrá sentarse á nuestra mesa y que guste de los toscos manjares que le podemos ofrecer para saciar su necesidad! Los pobres son la tierra fértil que da ciento por uno. Nadie ha empobrecido por dar limosna: David encuentra el botín que los Amalecitas le habian arrebatado luego que dió refrigerio á un pasajero. La viuda de Sarepta vió renacer en su casa la fertilidad y la abundancia, porque repartió la única esperanza de su subsistencia. Los discípulos, en fin, reparten el día de hoy cinco panes, y recogen de solo sobras doce cuspertas.

Mas no estos motivos únicamente nos deben impeler á dar limosna; hay otro y mucho mas poderoso, y es que con ella alcanzamos misericordia. Haced limosna, dijo el divino Jesus, y con ella bor-

